

## CAPÍTULO X

## El agua.

Á la vez que avanzaban los viajeros parecíales que el país tomaba un aspecto extraño, presentándose á sus ojos los campos tan desiertos como las poblaciones.

Con efecto, no se veía ni una vaca pasciendo en los prados, ni una cabra trepando por la montaña ó empinándose sobre los vallados para alcanzar los renuevos verdes de las zarzas, ni rebaños conducidos por sus pastores, ni carretas, ni mercaderes forasteros pasando de un país á otro con su fardo acuestas, ni carreteros cantando con esa voz ronca del habitante del Norte, y que se balancean andando al lado de sus pesadas carretas con el ruidoso látigo en la mano.

Por lejos que se extendiera la vista por aquellas dilatadas llanuras, por aquellos frondosos bosques, no se alcanzaba á ver ni una sola figura humana, ni un ser viviente. Cualquiera hubiera dicho que la naturaleza había querido volver al estado que tenía la víspera del día en que fueron creados el hombre y los animales.

Acercábase la noche, y Enrique, sobrecogido de sorpresa y aproximándose por instinto á los viajeros que le precedían, pedía al aire, á los árboles, á los horizontes lejanos, á las nubes mismas la explicación de aquel fenómeno siniestro.

Los únicos personajes que animaban aquella triste soledad eran Remigio y su compañera, la cual se inclinaba de vez en cuando como queriendo escuchar algún rumor que pudiera llegar hasta ellos, y detrás á cien pasos la figura de Enrique, que conservaba siempre la misma distancia y la misma actitud.

Llegó al fin la noche, triste y oscura; el viento Nordeste silbó en el aire y llenó aquellas soledades con su ruido, más amenazador que el silencio.

Remigio detuvo á su compañera echando mano á las riendas de su caballo.

— Señora, le dijo, bien sabéis que no soy naturalmente miedoso y que no daría un paso atrás por salvar mi vida; pues bien, esta noche siento dentro de mí cierta cosa extraña: una pesadez desconocida encadena mis facultades, me paraliza y me prohíbe ir más lejos. Llamadle terror, timidez, pánico, como queráis; os los confieso, señora, por la primera vez de mi vida... tengo miedo.

La dama se volvió; acaso no había parado su

atención en todos aquellos presagios amenazadores, y acaso también nada había visto.

— ¿Viene allí todavía? preguntó.

— ¡Oh! no se trata de él, contestó Remigio, os suplico que no penséis en él; viene solo, y por lo menos valgo lo que cualquiera otro hombre. No, el peligro que temo, ó por mejor decir, que siento, que adivino más bien por una especie de instinto que con el auxilio de mi razón, ese peligro que se aproxima, que nos amenaza, que nos envuelve tal vez, ese peligro es otro, es desconocido, y he aquí por qué le llamo peligro.

La dama meneó la cabeza.

— ¿No veis, señora, observó Remigio, no veis allá abajo unos sauces que inclinan sus negras copas?

— Sí.

— Pues bien, al lado de esos árboles distingo una casita; por Dios dirijámonos hacia ella; si está habitada, tanto mejor, pediremos hospitalidad; si no lo está, apoderémonos de ella; os suplico, señora, que no contrariéis este pensamiento.

La emoción de Remigio, su voz trémula y la incisiva persuasión de sus frases, decidieron á su compañera á ceder, y volvió la brida de su caballo en la dirección indicada por Remigio.

Pocos momentos después, los viajeros llamaban á la puerta de aquella casa, construída en efecto entre varios sauces.

Un arroyo, afluente de Netha, riachuelo que corría á un cuarto de legua de aquel sitio, bañaba, encajonado entre dos cañaverales y dos orillas de césped, aquellos frescos sauces alimentados con sus aguas

cristalinas; detrás de la casa, construída de ladrillos y tejas, se veía un jardinillo con su correspondiente cercado.

Todo estaba vacío, solitario, desierto, y nadie respondió á los repetidos golpes de los viajeros.

Remigio no vaciló; sacó su daga, cortó una rama de sauce, la introdujo entre la puerta y la cerradura, apretó con fuerza, é hizo correr el pasador.

La puerta se abrió al instante, y Remigio, que en todas sus acciones se mostraba hacia una hora con la actividad de un hombre acosado por la fiebre, entró sin detenerse. La cerradura, obra grosera de algún cerrajero del campo, había cedido casi sin ninguna resistencia.

Remigio empujó precipitadamente á su compañera dentro de la casa, volvió á cerrar la puerta, corrió un cerrojo colocado en la parte interior, y respiró como si acabase de salvar su vida.

No contento con haber encontrado un abrigo para su señora, la instaló en el último aposento del primer piso, en el cual pudo encontrar á tientas una cama, una mesa y una silla.

En seguida, algo más tranquilo por su parte, volvió al piso bajo, y por una ventanilla entreabierta se puso á observar los movimientos del conde, quien al ver entrar á los viajeros en aquella casa, se acercó á ella sin el menor reparo.

Las reflexiones de Enrique eran melancólicas y estaban en armonía con las de Remigio.

— No hay duda, decía para sí, alguna catástrofe desconocida para nosotros, más no para los habitantes de estas tierras, amenaza al país: la guerra

va asolando los contornos, los franceses se han apoderado de Amberes ó están próximos á lograrlo, y sin duda los aldeanos, poseídos de terror, han huido á refugiarse á las grandes ciudades.

Esta explicación era especiosa, y con todo, no satisfacía al joven, antes bien le inspiraba otros pensamientos.

— ¿Qué vienen á hacer aquí, se preguntaba, Remigio y su señora? ¿Qué imperiosa necesidad les obliga á un peligro tan terrible? ¡Oh! Lo sabré, porque ha llegado por fin el instante de que hable á esa dama, y de que tengan un término todas mis dudas. Nunca se me ha presentado ocasión más propicia.

Diciendo así se adelantó hacia la casa, pero se detuvo de repente, y cediendo á esa perplejidad tan común en los amantes, dijo :

— No, no, seré mártir hasta mi última hora. Por otra parte, ¿no es ella dueña de sus acciones? ¿Sabe por ventura los cuentos que ha forjado ese miserable Remigio? ¡Oh! Él me las pagará, él únicamente, pues me sostenía que ella no amaba á criatura viviente. Pero..... seamos justos. ¿Debía por ventura ese hombre vender por mí, á quien no conocía, los secretos de su ama? No, no, mi desgracia es cierta, y lo peor de todo es que consiste en mí solo y que á nadie puedo culpar. Lo último que me falta es la revelación entera de la verdad, es el ver llegar á esa mujer al campamento, arrojarse á los brazos de algún caballero y decirle : « Mira lo que he sufrido, y comprende cuánto te amo. » Pues bien, la seguiré hasta allí, veré lo que tiemblo ver, y moriré en seguida,

excusando el trabajo de acabar conmigo al mosquete ó el cañón de los flamencos. — ¡Ay! Bien lo sabéis, Dios mío, añadió con todo el entusiasmo de la religión y del amor : yo no buscaba esta cruel, esta horrible angustia, pues me dirigía tranquilo y resignado á una muerte gloriosa; quería sucumbir en el campo de batalla con un nombre en mis labios, el vuestro, Dios mío, con un nombre en mi corazón, el suyo. No lo habéis querido así, y me destináis á una muerte desesperada, llena de amargura y de tormentos : acepto, Señor, acepto; sea vuestro nombre bendito.

Y recordando después aquellos días eternos de esperanzas y aquellas noches de dolor que había pasado delante de la inexorable casa misteriosa, consideraba que descartando las dudas que le desgarraban el alma, su posición era menos desesperante que en París, pues al menos la veía, oía á veces el sonido de su voz y aspiraba mezclados con la brisa parte de esos aromas voluptuosos que emanan de una mujer querida.

Y después proseguía con la vista fija en la casita en que la dama se había refugiado :

— Mientras llega esa muerte que espero, en tanto que ella descansa de las fatigas del viaje, me abrigaré debajo de estos árboles. ¿Puedo quejarme por ventura cuando oigo su voz si habla, cuando diviso la sombra de su cuerpo al través de la ventana? ¡Oh! No, no me quejo, soy todavía demasiado dichoso.

Y Enrique se echó al pie de los sauces, cuyas ramas cubrían la casita, escuchando con un senti-

miento de melancolía, imposible de describir, el murmullo del agua que á su lado corría.

De pronto se estremeció, pues por el lado del Norte se oían descargas de artillería que el viento llevaba hasta aquel sitio.

— ¡ Ah! exclamó, llegaré muy tarde, pues están atacando á Amberes.

Su primer movimiento fué levantarse, montar á caballo y correr, guiado por el ruido de los disparos, hacia el lugar de la contienda; mas para eso le era preciso abandonar á la dama desconocida y morir acosado por mil dudas.

Á no haberla encontrado en su camino, Enrique hubiera seguido su suerte sin dirigir una mirada á lo pasado, sin lanzar un suspiro ni pensar en el porvenir; pero luego que la hubo encontrado penetró la duda en su ánimo, y con la duda la irresolución.

Permaneció, pues, acostado donde estaba por espacio de dos horas, escuchando las detonaciones sucesivas que llegaban á sus oídos, preguntándose lo que significaba la irregularidad de aquellos disparos que de vez en cuando se cruzaban con los que parecían provenir de un ataque serio.

Estaba muy lejos de sospechar que dichos disparos eran producidos por los buques de la escuadra de su hermano, que volaban hechos astillas.

En fin, á eso de las dos fué amainando el estrépito, y á las dos y media cesó del todo.

El ruido de la artillería no había llegado, al parecer, hasta el interior de la casa, pues ninguna prueba le habían dado de haberlo oído los dos viajeros que en ella se hospedaban provisionalmente.

— Á estas horas, decía Enrique, Amberes ha sucumbido y mi hermano ha quedado vencedor; pero después de Amberes vendrá Gante, después de Gante, Brujas, y de todos modos no me faltará una ocasión para morir con gloria.

Sin embargo, quiero saber antes de morir lo que va á buscar esta mujer al campamento francés.

Y como á consecuencia de todas estas conmociones la naturaleza había quedado ya tranquila, Joyeuse, embozado en su capa, permanecía también inmóvil y entregado á aquella especie de letargo que el hombre no puede sacudir en las altas horas de la noche, cuando su caballo, que pacía á corta distancia, enderezó las orejas y comenzó á relinchar melancólicamente.

Enrique abrió los ojos y vió que el noble animal volvía la cabeza en distinta dirección que el cuerpo, aspirando la brisa, que habiéndose cambiado con la proximidad del día, venía del Sudoeste.

— ¿ Qué pasa, pobre caballo mío? dijo el joven levantándose y acariciando con su mano el cuello del animal. ¿ Has visto pasar alguna fiera que te ha asustado, ó echas de menos el abrigo de una buena cuadra?

El caballo, como si hubiera entendido la interpe-lación y quisiese contestar á ella, corrió precipitadamente en la dirección de Lier, y se puso á escuchar con los ojos fijos y las narices abiertas.

— ¡ Ah! murmuró Enrique, esto es más serio, según parece: alguna caterva de lobos que sigue al ejército para tragarse los cadáveres.

El caballo relinchó, bajó la cabeza, y en seguida

rápido como el relámpago, echó á correr hacia el lado del Oeste; pero al huir pasó al alcance de la mano de su dueño, que lo cogió por la brida y lo detuvo.

Entonces Enrique, asiéndose de la crin, se puso de un brinco sobre la silla, y una vez montado, como era buen jinete, pudo dominar y contener al brioso animal.

Sin embargo, al cabo de un instante comenzó á oír Enrique el mismo ruido que había oído el caballo, y se admiró de experimentar el mismo terror que había sentido el bruto.

Un largo murmullo, semejante al del viento, seco y grave á la vez, se elevaba en diferentes puntos de un semicírculo, que parecía extenderse del Sur al Norte, y bocanadas de una brisa fresca y como cargada de partículas de agua aclaraban por intervalos aquel murmullo, que remedaba entonces el ruido de las olas que se estrellan sobre las playas llenas de guijarros.

— ¿Qué es esto? preguntó Enrique. ¿Será el viento? No, porque el viento es el que me conduce ese ruido, y los dos sonidos me parecen distintos.

¿Será un ejército en marcha? Tampoco, añadió inclinando su oído hacia la tierra, porque entonces oiría la cadencia de los pasos, el crujido de las armaduras y el eco de las voces.

¿Será un incendio? Tampoco, porque no se percibe luz en el horizonte, y hasta el mismo cielo parece oscurecerse.

El ruido entretanto se iba aumentando, y se asemejaba al que producirían millares de cañones arrastrados á lo lejos sobre un pavimento sonoro.

Por un momento creyó Enrique haber hallado la causa de este ruido, atribuyéndolo á lo que hemos dicho, pero casi al mismo tiempo replicó:

— Imposible, no hay calzadas empedradas por este lado ni mil cañones en el ejército.

El ruido seguía aproximándose cada vez más, y entonces Enrique puso su caballo á galope y ganó una eminencia.

— ¿Qué veo? exclamó llegando á la cumbre.

Lo que Enrique veía lo había visto antes su caballo, pues no había podido avanzar en aquella dirección sino desgarrándole los ijares con sus espuelas, y cuando llegó á la cumbre de la colina se encabritó para derribar el jinete.

Lo que caballo y caballero veían en el horizonte, era una faja pálida, inmensa, infinita, parecida á un nivel, que avanzaba sobre el llano formando un círculo inmenso y marchando hacia el mar.

El joven miraba todavía indeciso este extraño fenómeno, cuando al volver la vista al sitio que acababa de dejar, observó que el prado se llenaba de agua, que el riachuelo se desbordaba y comenzaba á inundar con sus aguas levantadas sin causa visible los cañaverales que un cuarto de hora antes descollaban sobre sus dos orillas.

El agua seguía avanzando lentamente hacia el lado de la casa.

— ¡Qué loco soy! exclamó Enrique. No lo había adivinado. ¡Es el agua! ¡el agua! Los flamencos han roto sus diques.

Inmediatamente echó á correr hacia la casa y llamó con furia á la puerta, gritando:

— Abrid, abrid.

Nadie contestó.

— Abrid, Remigio, gritó el joven furioso á fuerza de terror : abrid, soy Enrique Du Bouchage.

— ¡Oh! no necesitáis nombraros, señor conde, respondió Remigio desde el interior de la casa, hace mucho tiempo que os he conocido, pero os prevengo que si derribáis esa puerta encontraréis detrás de ella una pistola en cada mano.

— ¡Desgraciado! exclamó Enrique con acento desesperado, ignoras el peligro; es el agua, el agua...

— No me vengáis con cuentos ni con pretextos, señor conde. Os digo que no entraréis aquí sino pasando sobre mi cadáver.

— En ese caso pasaré sobre él, exclamó Enrique, pero entraré. En nombre del cielo, en nombre de Dios, por tu vida y la de tu ama, ¿quieres abrir?

— ¡No!

El joven miró á su alrededor y vió una de esas piedras homéricas como las que Ajax Telamón hacía rodar sobre sus enemigos, cogió esta piedra entre sus brazos, la levantó sobre su cabeza, y corriendo hacia la casa, la tiró contra la puerta, que voló en el acto hecha astillas.

Al mismo tiempo una bala silbó á los oídos de Enrique, pero sin tocarle.

El conde se precipita sobre Remigio, éste dispara su segunda pistola, pero solo el cebo da fogonazo.

— Ya ves que no tengo armas, insensato, exclamó Enrique : no te defiendas, pues, contra un hombre que no ataca; mira solamente, mira.

Y conduciéndole hacia la ventana, que echó abajo de un puñetazo, prosiguió :

— ¿ Ves ahora, ves ?

Y le mostraba con el dedo el inmenso plano que blanqueaba en el horizonte, y que amenazaba al marchar como el frente de un ejército gigantesco.

— El agua, murmuró Remigio.

— ¡ Sí, el agua ! ¡ el agua ! exclamó Enrique, ya lo ha invadido todo ; mira á nuestros pies, el río se ha desbordado y va subiendo : dentro de cinco minutos nadie podrá salir de aquí .

— ¡ Señora ! gritó Remigio, ¡ señora !

— No hay que dar gritos, Remigio. Prepara los caballos, y que sea muy pronto.

— La ama, y la salvará, dijo para sí Remigio corriendo hacia la cuadra.

Enrique entretanto se encaminó á la escalera, y como al oír los gritos de Remigio había abierto la dama la puerta de su cuarto, la cogió en sus brazos como hubiera hecho con un niño ; pero ella, creyendo que aquello era una traición ó violencia, luchaba con todas sus fuerzas para desasirse de los brazos de su libertador.

— Dile, gritó Enrique, dile que quiero salvarla.

Remigio oyó la voz del conde en el momento que volvía con los caballos.

— ¡ Sí, sí, gritó, sí, señora, va á libertaros ! ¡ Venid, venid !